

Zariello Villar, J. C. (junio, 2019). "Free style: la entrada es gratis, la salida... vemos". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 8 (4), pp. 246-252.

Selva Almada, Félix Bruzzone,
Gabriela Cabezón Cámara... [et. al].

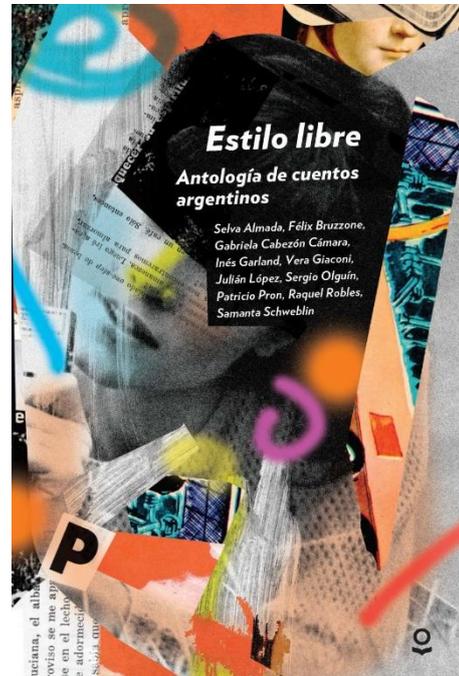
**Estilo libre. Antología de cuentos
argentinos**

Buenos Aires

Santillana

2018

120 páginas



Free style: la entrada es gratis, la salida... vemos

Juan Cruz Zariello Villar¹

La idea de una antología siempre comporta cierto sesgo ideológico, en donde la selección y la recopilación dicen algo acerca del objeto que tenemos frente a nosotros. *Estilo libre* (2018), es una antología de diez cuentos breves, presentados por autores que resuenan tanto a nivel local como internacional, bajo el sello editorial de Santillana, en su colección Loqueleo. La propuesta se abre con las "Palabras preliminares", a cargo de la compiladora Victoria Torres, en donde aclara que *Estilo libre* se pensó como una forma de acercar a los lectores jóvenes a una literatura que los interpele de alguna manera (p. 5). La estrategia es doble: no sólo el libro está orientado hacia un público juvenil, como

¹ Profesor en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Actualmente se desempeña como docente del nivel secundario y como ayudante adscripto en las cátedras de Literatura y Cultura Europeas I y Literatura y Cultura Europeas II. Correo electrónico: jczariello@gmail.com

“sujetos secundarios” (Dalmaroni, 2011), sino que, en su mayoría, los mismos protagonistas son niños y adolescentes, que transitan el complejo mundo contemporáneo que les toca vivir. Y lo hacen con sus herramientas propias: sus circunstancias, sus ideas, sus sentires, su capital simbólico. Todo tejido en el lenguaje. Asimismo, Torres delimita la convocatoria a partir del concepto de libertad de estilo; una decisión que llama la atención y resulta productiva, porque abre la lectura a temáticas diversas y a procedimientos literarios originales.

Estructuralmente, cada relato se abre con una pequeña biografía de cada autor y, a pesar de que uno pueda pensar en un compendio heterogéneo sin más hilo discursivo que la libertad de estilo, en lo profundo, es notable el modo en el que todos los relatos se esfuerzan por representar un mundo crispado por los problemas de la comunicación, la violencia, la indiferencia, el amor, la muerte, el despertar sexual, los accidentes viales, las desapariciones, las búsquedas. Un mundo que trae más dudas que certezas, y que cada historia intentará desanudar golpe a golpe, letra a letra.

Para comenzar, el relato que da inicio a la antología pertenece a Selva Almada, y se titula “Los conductores, las máquinas, el camino”. Son esas tres palabras, en sí mismas, el relato. Almada nos presenta una ruta y sus participantes. Entre camiones, gestos y silencios, solo habitados por los sonidos de los animales nocturnos, y máquinas que se alejan, lo que antes fuera cumbia, festejo y camaradería, ahora abre el espacio del recuerdo familiar de la protagonista y lo interrumpe con la fatalidad. Un carril en construcción, que deja paso a la tragedia, sin escatimar en crudeza realista. En la misma línea podemos leer la propuesta de Félix Bruzzone en “Tengo un sueño que crece”, en donde un joven adolescente se encuentra impelido a redimensionar sus fantasías amorosas con Leti, su vecina, quien, luego de haber sufrido un accidente automovilístico, quedará marcada física y psicológicamente para siempre. Fiel a su estilo irreverente y su prosa por momentos jocosa y audaz, nos permite adentrarnos en una tragedia personal, en el pensamiento de Mauricio, contradictorio, dubitativo, que se vuelve cada vez más real en el devenir de su deseo: “Y yo, bueno, es como si los sueños cambiaran otra vez. Aprender a manejar. Aprender que soy un boludo. Ya es mucho para un solo verano.” (p. 27).

El tercer relato, “Criminal”, de Gabriela Cabezón Cámara, nos presenta el *work in progress* de una nota periodística que se está filmando en las entrañas de una villa, y

tiene como protagonista a un niño que aspira una bolsa de pegamento, esgrime su pistola y se deja acompañar por Colita, su perro. Tomando en consideración algunos diálogos, los planos que se acortan y agrandan y las ediciones de video oportunistas, es, sin duda, uno de los relatos más violentos del corpus. Y este tipo de violencia se encuentra contenida en la indiferencia de un periodismo sensacionalista y un protagonista en el límite de su existencia. Una pregunta clave, que el título escondía: ¿quién es el criminal? Samanta Schweblin también explora en “Matar a un perro” –con el que se cierra la antología– la violencia descarada e impune y juega, como en el caso anterior, con la potencialidad del lenguaje. A lo largo del relato seguimos la iniciación en la muerte y la fidelidad al jefe, de un joven que tienen una misión: elegir a un perro y matarlo. Las reflexiones del protagonista en torno de los mecanismos del poder que ejercen sobre él y que, a su vez, replica sobre los perros, los criterios de selección, quién vive y quién muere, la preparación mental y material para el asesinato, etc., son elementales porque desembocan en un giro argumental que se sostiene en una frase: “Usted dudó” (p. 116).

Las historias de amores prohibidos, tan fructíferas en la historia de la literatura, también tienen su lugar en la antología *Estilo libre*. Dos relatos, el de Sergio Olguín, “Pasko y Julietta” y el de Inés Garland, “La zorra de la calle”, recuperan la temática y la desarrollan desde perspectivas diferentes. En el primer caso, Olguín decide situarla en un futuro lejano, cerca del 2110, en una Argentina intervenida por los avances tecnológicos y mancillada por los estragos de la civilización. Remedo de la obra shakespeariana, los jóvenes pertenecientes a castas distintas no pueden ni deben cruzarse. Pasko es un joven de ascendencia china, tataranieta de inmigrantes que supieron encontrar su futuro en un supermercado chino en el barrio de Once. El relato se teje a dos tiempos y a dos espacios: la Argentina futurista de Olguín está dividida de manera tajante entre la nueva capital federal y la vieja Buenos Aires, que, asediada por la polución y el éxodo de la mayoría de sus habitantes, se resiste al futuro y queda emplazada como un recuerdo molesto de lo que fue en algún momento la sociedad argentina; pero también son dos generaciones: Pasko, que vive en la nueva capital y, su bisabuelo Manuel, primer hijo argentino de su familia, quien, a pesar de la desaprobación familiar, decide quedarse en su ciudad natal. Julietta, por su parte, es una “ninfa”, es decir, hija de mujeres que decidieron ser madres en soledad, pero que,

a través de métodos artificiales, solo pueden concebir mujeres. Imprescindible para pensar los tiempos que corren, presenta nuevas reflexiones en torno a nuevas feminidades, producidas por la ciencia y amparadas por lógicas patriarcales, en franco enfrentamiento con los humanos, aquellos concebidos de manera “natural”. Pasko, en la búsqueda de un futuro con Julietta, a pesar de las prohibiciones, huye hacia aquella Buenos Aires ya mítica, bajo el amparo de Manuel, y encuentra más que conciencia de clase: descubre que hay una herencia implícita entre tanto smog y destrato: el amor fiel y constante por el otro. Palabra que no suele aparecer en el léxico de la nueva humanidad.

En el segundo caso, Garland nos trae al presente con la historia de Lorenzo, un adolescente que encuentra contención afectiva y sexual en Sheila, una prostituta. El protagonista recuerda sus encuentros sexuales, como puede, a su tiempo, porque con el tiempo el olvido parece doler más: “Los recuerdos solo se ordenan para poder contarse” (p. 38). Este amor prohibido se resuelve en conciencia de clase, en la falsía y la indiferencia por el que menos tiene. Es, en el fondo, una culpa que el lenguaje no llega a resolver, solo el sudor persiste en la memoria.

Los relatos compilados de Patricio Pron y Julián López tienen como eje la reflexión sobre jóvenes que consciente o inconscientemente interactúan en el mundo del otro y, como sabemos, el contacto con el otro, esa cercanía, nos transforma. Estos relatos exploran de qué modo el lenguaje modifica al sujeto, porque permite que opere en su organismo una reacción química que no puede expresarse “con palabras de este mundo”, como dijo Alejandra Pizarnik. En “El corte”, Pron nos propone seguir la rutina de peluquería de una joven que debió mudarse a Alemania sin más compañía que su propia memoria emotiva, y un desarraigo que lastima. La escena es mínima, un corte de pelo, y la conversación con su peluquera polaca, inmigrante también, es prosaica. No obstante, pareciera que el lenguaje, cuando es extranjero, se vuelve piedra si son dos soledades las que se juntan; y solo una metáfora da pie para conversar acerca de mundos y culturas diversas, aunque la cercanía siempre asuste, porque con amenaza romper un equilibrio tácito.

En la misma línea, López nos lleva a una escuela en donde lo que se dice es poco, pero los ecos de esas palabras rebalsan el relato más breve de la antología. Jonás cuenta que su madre se dedica a la prostitución y “nadie tiene que decir nada de eso” (63),

como un efecto mágico, las palabras cumplen su cometido en el mundo y producen algo, algo que no es posible definir, algo que la protagonista del relato intenta organizar en palabras vagas: un vértigo, una molestia en la panza o en la cabeza, un llanto o una risa contenida. Y sigue, en círculos, yendo y vienen por la misma zona: “Y entonces le tocó a Jonás y Jonás habló y yo no sé qué fue lo que pasó, si esas palabras que dijo hicieron algo, no sé” (p. 64). Nada se define, todo se potencia en este relato cuya brevedad le da una suspensión inusitada al relato, porque solo son, y cuánto, palabras.

Finalmente, la antología nos acerca los mundos de Vera Giaconi y Raquel Robles, para hablar, paradójicamente, sobre lo que no se puede hablar, sobre lo que no está, sobre lo que se busca. En ambos relatos hay pérdidas irreparables y búsquedas incansables. En el caso de Giaconi, en “Otro fantasma”, una niña es secuestrada y buscada por toda la comunidad con desesperación. Las protagonistas, Vicky y Paula, ensimismadas en su mundo de fantasmas, ouijas y rituales, intentan en el filo del significante del nombre de la niña desaparecida, Luciana, otro tipo de búsqueda. El contacto no puede realizarse, aunque todo pareciera anunciar que hay una presencia que vuelve: la naturaleza que chilla, el secreto de los adultos, el silencio de los pares: “Lo que está ahí fuera no es Luciana” (p. 58). La inocencia de las niñas es la clave para entender que el futuro está en construir el lugar de la amistad como cifra de lo imposible: “Yo quiero ser su amiga [...] Yo también, va a necesitar amigas.” (p. 59). En “Los dedos manchados de tinta”, Raquel Robles establece los derroteros de una búsqueda que, sin fechas, pareciera remitir a la última Dictadura militar y toda su burocracia estatal, representada en la indolencia ministerial y en un edificio alto y hostil, que respira y transmite muerte. Allí, el cuadro de San Martín habla muerte, la historia individual habla muerte, el deseo, por momentos, es muerte: “A lo mejor podría hacer eso. Hacerse llevar, hacerse detener. Entonces la vería. Morir con la nena le parece bien.” (p. 107). Aquí son madres las que buscan a sus hijas desaparecidas, que lo hacen en silencio, mirándose, acariciándose, dándose el ánimo mudo de las que no puede hablar porque hasta el lenguaje es un palpito que estruja el corazón. La identidad es una mancha de tinta negra en un espejo, que se esparce, que no se borra, solo crece, porque la memoria es eso que mantiene unidas las partes de un espejo quebrado.

En resumen, desde Almada, Bruzzone, Cabezón Cámara, hasta Pron, Robles y Schweblin podemos armar una cartografía de mundos únicos; una galaxia conectada por

una sensibilidad social admirable. Como el *“free style”*, del rap, la unión que podría parecer azarosa, casi improvisada, dota a las voces narradoras de una dimensión coral. Esta propuesta nos convoca y hace que los bordes de lo real se ensanchen y sus centros sean cada vez más densos. Palabra a palabra, historia a historia, estamos atrapados por la lectura, por esa práctica tan emocional e íntima que, en casos como este, se torna crediticia. Será que las palabras sí tienen filo, porque la entrada es gratis, la salida... vemos.

Referencias bibliográficas

Dalmaroni, Miguel (2011). “La crítica universitaria y el sujeto secundario. Panfleto sobre un modo de intervención subalterno”. En *El toldo de Astier*, año 2, n° 2; 1–11.